

alba // el álamo se alista. // Bajo la mano fresca del rocío // es todo re-
mediable, // perfuma con más sol la manzanilla, // la flor es más pro-
bable//.”

Como vemos, la expresión oscila entre la conseja y la cantiga criolla, con un fondo de simpatía, de espontaneidad, que pudiera aproximarse al optimismo, al sentido pagano, emocional de la vida que algunos quieren, con cierta razón, para el testimonio artístico.

LUIS MERINO REYES.



The Craft of Letters in England, editado
por John Lehmann, The Cresset Press, 1956,
Londres.

Publicado con motivo de celebrarse en 1956 en Londres el Congreso Internacional del PEN Club, el libro que nos ocupa pretende dar, a través de sus doce capítulos, una visión general y analítica de los diversos géneros que comprenden la actividad literaria de Inglaterra.

Hay pocas personas más indicadas que John Lehmann para organizar una empresa de tal índole, pues el vasto y profundo conocimiento que él posee de las letras inglesas contemporáneas le sirve como valiosísimo antecedente para dirigir este simposium que reúne la colaboración de distintos especialistas.

El balance arroja un resultado altamente favorable, y confirma las palabras del señor Lehmann:

“Los escritores ingleses, contemplando su logro de los últimos veinticinco años pueden, me parece, felicitarse de una abundancia y vitalidad de producción literaria que no le va en zaga a ningún otro país”.

Es cierto que no se precisa de un estudio detallado para saber que hoy en día la actividad literaria es extraordinariamente compleja; sin embargo, el lector, al enfrentarse con una encuesta como la que nos ocupa, se siente profundamente impresionado por las proyecciones polifacéticas que se desprenden de la creación literaria, puesta en efecto por tantos escritores a través de múltiples géneros, entre los cuales parecen destacarse la novela y el cuento corto. Esta preferencia por la narración ficticia, a menudo con un fondo autobiográfico, tiene sus explicaciones. Guarda, entre otras cosas, una relación directa con la enorme y siempre creciente masa de lectores, cuyas preferencias se inclinan hacia la prosa, especialmente en forma de

cuento. Las posibilidades de éxito económico influyen, además, en el ánimo del escritor. Pero si bien es verdad que hay gran cantidad de artífices para quienes la originalidad y calidad literarias pasan a segundo plano, también hay escritores que anteponen estas y otras loables cualidades a toda otra consideración. En el transcurso de los últimos veinticinco años, los novelistas serios han ido en aumento, sin duda obedeciendo al impacto del mundo moderno sobre la sensibilidad humana. La novela proporciona al hombre sensitivo e inteligente un medio de identificación psicológica; ella le permite compartir a la vez que expresar vivencias comunes a los hombres desde posiciones de la más variada índole.

The Craft of Letters in England dedica dos capítulos a la novela: *Twenty-five years of the Novel*, por Francis Wyndham, y *Experiment and the Future of the Novel*, por Philip Toynbee. Ante la imposibilidad de hacer un comentario detallado, señalaremos algunos hechos que se destacan. Tal vez el más importante sea la ausencia de 'gigantes' en el ambiente novelístico de Inglaterra, país que por tradición siempre ha contado con alguna figura de relieve mundial. Sin embargo, la calidad *total* es extraordinaria, como también el número de novelistas promisorios, entre los cuales se destacan los nombres de Kingsley Amis, John Wain, P. H. Newby y J. D. Scott. Se observa una declinación de la influencia de Virginia Woolf y un renacimiento de la obra novelesca del recientemente fallecido Wyndham Lewis, figura vigorosa y de gran actuación en las letras y la pintura inglesas de este siglo. La influencia de Lewis, junto con la de aquel espléndido novelista de parca producción, E. M. Forster, tienen íntima relación con la tesis principal de Philip Toynbee, quien desarrolla una fructífera y apasionante discusión alrededor de la actitud que debe asumir el novelista ante el mundo contemporáneo. Toynbee sostiene que el escritor ya no puede desvincularse de la realidad del mundo y vivir dentro de sí mismo, disociándose de los hombres y creando lenguajes literarios personalísimos.

"Ahora y en el futuro inmediato, el novelista serio debe sentir algo de preocupación íntima por la actual situación de nosotros mismos, de nuestros vecinos y de nuestra sociedad".

Cita a Thomas Mann, Gide, Malraux, Faulkner, como novelistas de significación por cuanto se integran profundamente con la humanidad y con las relaciones entre los hombres. En un párrafo muy interesante dice lo siguiente, refiriéndose al novelista inglés de nuestros días:

"...los primeros treinta años de su siglo fueron los más prolíficos en la corta historia de la novela. Pero el último cuarto de siglo ha transformado

su sociedad, ha transformado su idioma, ha transformado su clima intelectual y emocional. Mientras que como ser humano ha sido forzado a una relación más íntima con su sociedad, como escritor ha sido forzado a un mayor aislamiento. No existe ya materia obvia ni método obvio; no existe ya una forma fructífera de expresión directa ni un cuerpo fructífero de ideas aceptadas. Cada nuevo novelista debe ahora adoptar sus propias decisiones, no así la mayoría de los novelistas del pasado, para quienes mucho se decidió sin su conocimiento... Vivir en la soledad hoy día... en aislamiento emocional... es una acción más antinatural como jamás antes lo había sido”.

En el campo de la poesía, la actividad intensa de los últimos treinta años es analizada por Roy Fuller. Deplora la muerte de Alun Lewis y de Keith Douglas, dos de los mejores poetas jóvenes, cuya lucidez e inteligencia hubieran contribuido a consolidar y estabilizar el frente desmoronado de la poesía postbélica. Hay gran actividad, pero dentro de la profusión de estilos y tendencias se percibe un retorno a las formas más estrictas de la versificación, tal vez en parte debido a la marcada influencia de Auden, “esta inmensa figura paternal”. Cada cierto tiempo, agrega, es necesario extirpar lo “poético” de la poesía, y éste parece ser el momento oportuno.

“En un análisis último el desarrollo de cualquier arte depende de influencias políticas y sociales. Mirado sucintamente, una crisis entre Oriente y Occidente posiblemente induciría en la poesía un desarrollo de aquellas semillas de cambio que actualmente están apenas en germen. Por cierto, la poesía ha sido dominada desde la guerra por el peculiar nihilismo mental y *laiser faire* que ha nacido de la necesidad y de la amenaza de la destrucción atómica”.

En otro capítulo G. S. Fraser se refiere a los medios de comunicación entre el poeta y el público. Asigna una especial importancia a la radio-telefonía como instrumento de difusión, haciendo notar el hecho de que los programas radiales dedicados a la poesía son de indudable valor y han encontrado una aceptación enorme de parte de los auditores. También, como Roy Fuller, Fraser observa una gran actividad en el campo poético, pero sin figuras relevantes. Agrega: “Podemos estar pasando por un período de poesía menor, pero esto no quiere decir que estemos pasando por un período de mala poesía”. Los nuevos poetas se distinguen por su claridad y corrección, “conceptos no emocionantes en sí mismos; pero la aceptación por parte de los escritores menores de ciertas reglas definidas darán al gran escritor, cuando éste aparezca, una base firme sobre la cual crear”.

En el capítulo *The Author and the Theatre*, el influyente crítico T. C. Worsley lamenta el divorcio entre el teatro y la literatura. Le preocupa el hecho de que los literatos más distinguidos no le prestan su apoyo, considerándolo como una actividad aparte y menospreciando sus posibilidades como medio de expresión. Sin embargo, el cisma no es total: T. S. Eliot ha creado para nuestro tiempo un teatro que constituye un legítimo vehículo de expresión poética, mientras que Graham Greene, con su *Living Room*, ha dado un paso que puede bien significar la reintegración de los novelistas a la creación dramático-teatral. Worsley desmiente la supuesta escasez de buenas obras inglesas, y declara que tanto Francia como Alemania están montando constantemente obras de origen británico en gran cantidad. Cita a numerosos autores cuyas obras no se han visto desde hace mucho tiempo, o que jamás se han estrenado. ¿Por qué no se reponen las mejores piezas de Galsworthy, Granville Barker, Laurence Housman, John Drinkwater, Maugham; o lo mejor que se exhibía en la época de preguerra, como ser *The Anatomist*, de Biridie, *Moon on the Yellow River*, de Denis Johnston, o *After October*, de Rodney Ackland? Priestley, O'Casey, Fry, Charles Morgan, Rattigan y muchos otros, han hecho teatro que bien podría volver a verse con el profundo beneplácito general. La nueva generación cuenta, además, con tres valores de indudables méritos: John Whitting, Dennis Cannan y Owen Holder. El crítico nota con especial agrado el notable resurgimiento de Shakespeare en todos los ambientes y teatros del Reino Unido.

Tal vez el capítulo más apasionante sea aquel en que L. D. Lerner escribe sobre crítica literaria. En líneas generales, Lerner —un crítico joven— comenta el hecho de que la crítica haya logrado ser considerada, por derecho propio, como un medio legítimo de creación literaria. Se refiere a la importancia de Eliot, Richards, Empson, Leavis, y del filósofo Collingwood en la función crítica de nuestro tiempo. Comenta la crítica partidista y el significado de los términos "Practical" y "Theoretical" dentro de la crítica moderna.

Otro escritor, Paul Bloomfield, discute en capítulo aparte la posible influencia ejercida en las letras de nuestro tiempo por el famoso "Bloomsbury Group". Las demás secciones presentan un análisis de campos tan diversos como la biografía (en la cual sobresale Lytton Strachey como una figura de dimensión impresionante), la autobiografía, la historia, la filosofía, y la traducción, un campo altamente especializado. De toda esta profusión de disciplinas, admirablemente sintetizadas en un estilo uniforme-

mente claro y preciso, se desprenden ciertas conclusiones generales. El escritor jamás ha contado como ahora con una masa tan grande de lectores, en gran parte debido a los nuevos medios de divulgación, entre los cuales sobresale la radiotelefonía y los "Books Club" con sus centenares de miles de asociados; y aunque a menudo el libro seleccionado no posea mayormente un valor literario, se habrá, por lo menos, fomentado la afición por la literatura. Además las ediciones "Penguin" han permitido que los clásicos, los libros de mayor precio, y traducciones de los maestros de la literatura universal, estén al alcance de todos los hogares. Las universidades rebosan de estudiantes, y gran parte de ellos se dedica al estudio de disciplinas humanísticas. Esto guarda íntima relación con el deseo del hombre de conocerse más a fondo, de profundizar en los problemas engendrados por la condición humana de nuestros tiempos, de identificarse a sí mismo dentro de la desconcertante variedad contemporánea. El autoexamen intenso a que se somete el intelectual en un esfuerzo por definir posiciones explica parcialmente el por qué se ha escrito tanta autobiografía en los últimos treinta años, por lo menos en Europa, continente de guerras y de viejas culturas.

La crónica de viajes y la novela sirven también como elementos de desahogo. Recordemos las palabras de Francis Wyndham:

"Todos, se decía comúnmente, llevan un libro en sí; actualmente parece como si todo el mundo lo escribiera, y generalmente resulta ser una novela".

Y por sobre toda la actividad que se advierte en las letras inglesas, se cierne la figura de T. S. Eliot, que en tres campos distintos, a saber, la poesía, la crítica y el teatro, ha ejercido una influencia tan penetrante como fructífera y que no tiene parangón en la historia literaria de su país adoptivo.

ARTHUR TIENKEN L.